

IMAGEN DE LO POPULAR, MIRADA EN EL ESPEJO

The Image of Popular Things: A Look in the Mirror

Rigoberto Gil Montoya *

SINTESES

El presente artículo centra el interés en torno a las implicaciones de la noción de lo "popular", a propósito de la cultura colombiana inserta en unas dinámicas sociales particulares, donde resulta impropio hacer una distinción entre alta y baja cultura, en los términos que para ella dispone la discusión europea. Lo "popular" como lo "público" alimenta una tradición mediada por manifestaciones colectivas que no escapan a los fenómenos de la violencia ni a la estetización de unas formas expresivas; allí operan nuestras visiones de mundo, en los planos de lo político, lo social y cultural, es decir, en el plano de la cultura de masas, en cuyo ámbito se nutre y cobra sentido toda propuesta artística que quiera responder a un contexto crítico.

DESCRIPTORES: *Cultura de masas, popular, violencia bipartidista, violencia social, vida cotidiana, plebe, discurso y retórica.*

ASBTRACT

This article deals with the implications of the notion "popular" in relation to Colombian culture, taking into account the latter's specific social dynamics. The article posits that it is not pertinent to speak of high or low culture, as in Europe. What is considered as popular, as is the case with what is deemed as falling within the public sphere, nourishes a tradition that is influenced by collective expressions that are in turn affected by social violence and by certain aesthetic expressive forms. What is regarded as popular reflects our views of the world surrounding us in political, social and cultural terms. It is in this ambit that artistic proposals seeking to offer a critical context acquire their meaning.

DESCRIPTORS: *Mass culture, political violence, social violence, daily life, discourse, rhetoric.*

Popular. Hubo un tiempo en que esta palabra recuperaba otros sentidos. Lo *popular* significaba multitud, muchedumbre, inconformidad, insurrección, exclusión, anormalidad, analfabetismo, eso que en "El matadero", el cuento fundacional del argentino Echevarría, se nombra como lo bárbaro, la gleba, lo incivilizado, ámbito propio de los *achuradores*, esto es, los que se en-

cargan de manipular los intestinos de los animales. En las aulas nos enseñaron que el descuartizamiento de José Antonio Galán en Santander se debió a una revuelta del pueblo, liderada por él, lo mismo que el fusilamiento de Policarpa Salavarrieta, la Pola y otros insurrectos. Ambos líderes aclamaron la libertad, el cambio de gobierno y pronto estuvieron en

* Doctor en Literatura de la Universidad Autónoma de México y profesor asociado de la Universidad Tecnológica de Pereira. Autor de varios libros publicados: *El laberinto de las secretas angustias* (1992); *La urbanidad de las especies* (1996); *Perros de paja* (2000); *Nido de Cóndores: aspectos de la vida cotidiana de Pereira en los años veinte* (2002); *Retazos de ciudad* (2002); *Pereira, visión caleidoscópica* (2002); *Plop* (2004); *Arlt y Piglia, conspiradores literarios* (2005).

desacuerdo con la *Ciudad letrada* que se hacía evidente en los edictos y emplazamientos, esa ciudad de lo burocrático, de lo anacrónico, rezaigo de la Corona. La Guerra de los Mil Días siempre la imaginamos como una de las treinta y dos guerras que fueron perdidas por el coronel Aureliano Buendía, ese hombre que quizá nunca entendió del todo por qué y a causa de qué se pasó la vida en los campos de batalla, para venir a morir orinando con dificultad en el castaño del patio trasero de su casa, con el recuerdo vivo de sus muertos.

Yo no soy un hombre, soy un pueblo, sonaba enfático Jorge Eliécer Gaitán, antes de caer exánime en una acera del centro de la capital, tras los disparos de un lánguido y desnutrido hombre que, frente al linchamiento, sintió un pavor que lo hizo muy humano, en torno al grupo de emboladores que se ensañó con su cuerpo, como parte del escarnio público. Se llamaba Juan Roa Sierra, pertenecía a una familia pobre, era perezoso e inepto, según sus parientes; padecía un cierto delirio que suele incubarse en los seres trágicos y de ahí sus infructuosas búsquedas en las ciencias ocultas, en la quiromancia y el rosacruzismo: "Yo soy inteligente y quiero estudiar para ser algo grande. No nací para remendar llantas ni trabajar en albañilería, pero nadie quiere apoyarme"

(González, 1983, p 83), le habría confesado Roa Sierra a su amigo Umland Gerst, el quiromántico alemán, a quien frecuentaba en su consultorio para compartirle sus penurias e intenciones de "hacer algo grande". Su comportamiento era el de un *esquizoide paranoico*, de acuerdo con la conclusión de dos psiquiatras años después del crimen atribuido a Roa Sierra (González, 1993). Le fue difícil hacerse al arma asesina, pues adquirir un aparato tan sofisticado y exclusivo en su condición de haragán, estaba lejos de su presupuesto. Se comprende por qué tener entre sus manos el revólver calibre 38 constituía una joya:

El asesinato de Gaitán -escribe el cineasta Lisandro Duque- estuvo a punto de ser aplazado por el destino para quién sabe cuándo, pues Juan Roa Sierra casi vende el arma homicida, el 8 de abril, por quince pesos más de lo que había costado el día inmediatamente anterior. El negocio no se consumó porque el interesado - un hombre al que Roa Sierra acudió para que le vendiera las balas y terminó antojándose de comprarle el revólver- terminó ofreciéndole menos del precio del costo. (Duque, 1997, p 13)

También fue difícil reconocer su cuerpo en medio de tantos cuerpos que fueron amontonados en las na-

ves del cementerio central, como lo registra la cámara valiente del fotógrafo Sadi González. Alguien vio que la multitud, luego de arrastrar por la carrera séptima el cuerpo de un hombre que murió tembloroso, apaleado además por su propio pánico, le habían colgado dos corbatas alrededor de su cuello. Este simple detalle hizo posible su identificación, días después, cuando un país sin ley insistía en reclamar el cuerpo del asesino como una prueba de justicia, o mejor, de ajusticiamiento.

Tras la muerte de Gaitán, reflexiona Antonio Caballero, se hizo visible lo que antes en Colombia no se registraba siquiera en las estadísticas: el pueblo, lo otro, la masa, lo informe, que empieza a aparecer tímidamente en nuestra literatura. Pienso en *La casa de vecindad*, la novela de Osorio Lizarazo de 1930. Ese pueblo se tomó las calles, invadió la propiedad ajena, incendió establecimientos públicos, se batió con machetes y rulas frente a una policía sin cuartel, impresionada ante el hecho de verse en el deber de atacar a sus vecinos de barrio y sin saber muy bien a quién tildar de enemigo. En medio del desorden, nadie sabía lo que en realidad estaba sucediendo. Y los francotiradores aprovechaban esta circunstancia para dar mejor en el blanco. No había líderes o nadie se atrevía a expo-

nerse. Era un hecho que la voz de uno de ellos, acaso el más retórico, el que mejor solía hablar en las plazas públicas, arengando, denunciando -recuérdese su juicio sobre la "masacre de las bananeras"-, pidiendo hasta lo imposible, había sido asesinado de pronto, sin más y a la hora del almuerzo.

El liderazgo lo asumió la radio. Esas voces que transmitían la tragedia, a su manera, desorientaban, incitaban, enardecían los ánimos mediante el uso de un lenguaje atávico, ancestral, que recorba las permanentes tensiones entre la norma, la gramática, el código civil y la práctica política, retoricista y preciosista, en un país de grecolatinos y románticos decadentes:

Los discursos de los parlamentarios -escribe Arturo Alape- se transmitían por la la radio. Discursos fogosos, incitadores y apremiantes que tocaban la fibra más sensible en sus oyentes, para que hicieran de su sensibilidad la acción con sus propias manos. Hablaba Gaitán por la radio y de inmediato le contestaba, por otra emisora, Laureano Gómez. El país estaba amarrado inevitablemente al poder, la magia y la persuasión de la radio. (Álape, 2002, p 16)

Los locutores se referían a la muerte del presidente Ospina Pérez,

anunciaban que la revolución estaba en marcha, que en pocas horas se tomarían el poder, que el pueblo era el poder. En Palacio se enteraron de que una o dos cadenas radiales estaban orientando a la masa que atacaba lo público y privado de manera indiscriminada con rulas, machetes y palos. De modo que las autoridades se tomaron los centros de transmisión radial, cundió el silencio en los diales y la desorientación fue aún mayor, sobre todo para esa turbamulta ebria, desenfrenada, que lloraba con rabia la muerte de un líder que les había prometido gobernar con los de abajo, la gente común: los emboladores, los campesinos, los oficinistas, los sastres, los tenderos, los serenateros, en fin.

Se sabía que el gobierno estaba en manos de los conservadores y que ellos, como los comunistas y derechistas, como ese grupo selecto al que Gaitán denominaba la oligarquía, eran por lo pronto sospechosos intelectuales del magnicidio. Ese mismo pueblo fue el que escribió, con dudosa ortografía y en medio de la trifulca, avisos perentorios en las fachadas de sus casas o de sus tiendas, como si de esta forma se pudiera evitar el saqueo y salvarse de caer en manos de bandidos y delincuentes: "Aquí ya robamos. Sigán más adelante"; "Si me saquean, no volveré a prestar dinero. Si me

respetan prestaré solamente a uno por ciento"; "Sigán, que los recibiré a bala"; "Rogamos a las personas que tomaron mercancías de este almacén, devolvémoslos únicamente el soplete y la llave inglesa que estaban en el mostrador"; "Mercancía saqueada en este almacén. Vendo las existencias que tenía en mi casa". (Serrano, 1948)

Me confieso hijo de esa turbamulta que escribe temerosa, hijo de ese desorden. Quiero decir que mi origen es de carácter popular, como el de la mayoría, sino toda, de colombianos, descendientes de arrieros, contrabandistas, sastres, marchantes, vendedores de lotería, empleados públicos, litigantes, comerciantes, campesinos minifundistas, conductores de tranvía, poetas que no escriben y recolectoras de café. En nosotros expresiones como estirpe, abolengo, alcurnia, casta, progenie, suenan falsas, rimbombantes y sin sentido, como acontece con el lenguaje eufemístico que emplean los diplomáticos en las ruedas de prensa. Estas expresiones parecieran sólo ser efectivas en las novelas, en los mundos de ficción, donde las estirpes condenadas a cien años de soledad no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra. Es decir, estirpes sentenciadas a la destrucción, sin esperanzas.

Soy hijo de un sastre que presencié muy niño los disturbios derivados del Bogotazo. Mi madre vivió lo propio en una hacienda del Águila, Valle, cuando el ordeño manual de vacas era labor de las niñas en las madrugadas. Por ellos supe que lo que se desató en la ciudad que escuchó el disparo de Silva, se extendió de pronto, como un virus, a las provincias y rincones de un país con una topografía tan exuberante como los relatos que surgieron en las calles polvorientas de Aracataca. La violencia bipartidista se convirtió en un pretexto para eliminar por la fuerza a quien se declarara proclive a la ideología contraria. El desplazamiento forzado acentuó las trochas indígenas y los caminos de herradura. Basta recorrer los pueblos de Risaralda, enquistados en otro tiempo, como pesebres en desuso, para presentir las secuelas de un atraso cultural que suele acrecentarse con los graves desastres que deja la broca y otras plagas en las plantaciones de los cafetales.

Y como hijo de sastre nace zurcido, creo que mi obra literaria y mi vida como aventura, están cosidas por la Singer de mis padres y fiel a una memoria que he heredado de su mundo simple, aunque no por eso dificultoso, cuando se trata de sobrevivir en medio de la escasez y del "gota a gota", ese común y te-

rrible sistema de usura que sólo pudo haberse aprendido de las grandes compañías financieras. De modo que lo popular lo comprendo por esa vía del remiendo y la costura, como signos de un cosmos que se liga a la masa, a lo otro, a lo informe, y, si se quiere, a lo espurio, cuando algunas miradas sociológicas pretenden hacer una fina distinción entre *alta y baja cultura*, como en su momento lo defendiera Pierre Bourdieu y otros sociólogos que clasifican la cultura en términos jerárquicos y en virtud de una trascendencia y refinamiento de sus productos que suele confundirse con lo clásico.

Quiero dar forma a la ropa que me cubre, recapitulando ciertos elementos hasta aquí expuestos. He hablado de la violencia y con ella, la voz de una sociedad inestable dominada por las prácticas políticas. De otro modo me sería difícil entender por qué tras la muerte del líder Gaitán, el país emprende de nuevo otra guerra civil, como en su momento se desatara la de la Independencia, tras la negativa del préstamo simbólico de un florero, según las lecciones patrias que recibí en la Escuela "Antonio Ricaurte" de La Virginia, un puerto cañero a orillas del río Cauca: monótona corriente que cada tanto despierta al horror de lo que atrapa en sus remolinos, como una

suerte de museo del desecho humano. En Gaitán se destacó su "discurso incendiario", esa palabra que incitó a la revuelta. Retórica y poder han formado parte de la misma plataforma de intervención hacia la masa, hacia lo otro. Para entonces, la radio se constituye en un instrumento moderno que da fe de los acontecimientos matutinos, pues más allá de transmitir los discursos oficiales, narra con divertimento y efectos especiales lo que pasa en el mundo. Antes fue el cine. Las primeras películas se exhibieron en la década del diez del siglo XX y la gente no pudo dar crédito a lo que veía, como en Macondo:

Se indignaron con las imágenes vivas que el próspero comerciante don Bruno Crespi proyectaba en el teatro con taquillas de bocas de león, porque un personaje muerto y sepultado en una película, y por cuya desgracia se derramaron lágrimas de aflicción, reapareció vivo y convertido en árabe en la película siguiente. El público que pagaba dos centavos para compartir las vicisitudes de los personajes, no pudo soportar aquella burla infinita y rompió la silletería. El alcalde, a instancias de don Bruno Crespi, explicó mediante un bando que el cine era una máquina de ilusión que no merecía los desbordamientos

emocionales del público. (García Márquez, 1984, p 79)

El narrador de *La casa de vecindad*, un antiguo tipógrafo que en virtud de los adelantos técnicos que en materia de artes gráficas han llegado a la capital, se queda sin empleo, confinado a la caridad en una casa de pensión, examina la actitud íntima de una de sus vecinas: "Luego, al salir, se detuvo a mi lado, me dirigió un gesto copiado de alguna actriz de cine - yo voy a veces al cine-, frunció los hombros y se alejó" (Osorio, 1978, p 21). Carlos Monsiváis, atento estudioso de la cultura popular en América Latina, es enfático cuando sostiene que el cine fue una industria educadora. El cine enseñó modales, enseñó a llorar y a reír, descubrió de pronto el drama de los afectos y las pasiones. Las antesalas del cine desenmascararon las relaciones sociales, que más tarde conocerían los cómodos y excluyentes espacios del club. Luego fueron los radioteatros y la gente más humilde y olvidada empezó a soñar a través de unas historias por entregas. Se comprende, así, por qué Eva Duarte llegó a gozar de tanta popularidad en Argentina cuando se hizo esposa del militar Juan Domingo Perón y con él llegó ungida hasta la Casa Rosada. *Los grasitas o los descamisados*, como ella solía nombrar a su pueblo, estaban familiarizados, en particular, con su

voz, cuando la escuchaban en los radioteatros de la tarde y sufrían con sus desamores y desencuentros en radionovelas como *Una promesa de amor*, la historia de una joven inválida: "Quiero asomarme al mundo como quien se asoma a una colección de tarjetas postales", sentenció Eva Duarte ocho años antes de su dolorosa muerte.

Volvamos al año 48 e intentemos un paneo a la masa informe que se ha tomado las calles. Esa plebe, de quien me declaro heredero, será bellamente llevada al cine en la película de Jaime Osorio, *Confesión a Laura*. De hecho, en el inicio de la película, una fotografía de la época nos arroja a una calle gris bogotana, justo cuando los persistentes tiroteos acentúan los temores, en el adentro y afuera de unas casas habitadas por el miedo. Esta plebe lee a diario las secciones de los periódicos donde se indican las carteleras de cine y se narran historias personales de las divas y galanes del cinematógrafo. Sintonizan al mediodía o al caer la tarde, programas radiales sobre política y salud y aguzan sus oídos para no perderse un solo rictus de los teatralizados en *El derecho de nacer*. Escuchan sin falta los debates parlamentarios y los políticos saben que todo dependerá de su impresionante oratoria para obtener el favor en las urnas. Saborean el son cubano y

replican en papeles arrugados las frases amorosas de los boleros, como anticipo a lo que será la visita esta noche en casa de las Galindo. Los más jóvenes coleccionan revistas de aventuras y los más valientes, libros de bolsillo sobre el *western*. En cada barrio existe una tienda de alquiler de comics y ella es tan importante como la carnicería o el *deshuasadero* del negro Candelo.

Aún hay inocencia y las noticias de la llegada del hombre a la luna, la toma del poder por parte de un soldado de barba espesa en La Habana, el uso de la píldora anticonceptiva, los graffitis en las paredes de La Sorbona -"Haz el amor y no la guerra"; "Seamos realistas, pidamos lo imposible"; "Abajo el segundo piso"-, las protestas de los estudiantes en las calles parisinas y el uso estimulante del LSD por grupos de hippies que ya quisieran fumarse toda la hierba del Amazonas, no alteran en mucho la inocencia pueblerina de las tardes y por eso el eco de estas noticias para los Nadaístas de Cali y Medellín, no es suficiente para alterar las costumbres de una sociedad tan melancólica, esclerótica y aburrida, como las tardes de domingo donde se leen las tablas de clasificación del Deportivo Pereira. Darío Lemos, el poeta de la gangrena, aún con leve esperanza escribe:

Movimiento lentísimo de piedra.
Lentitud de presidiario diario.
Lágrimas mocosas de cuando un
hombre terminó su vida.
En el aeropuerto las cosas son
distintas.
En los autos negros hace mucho
calor.
Y para ti,
 amor,
terminaré el poema. (Lemos, 1985, p 71)

En mi película de ocho milímetros,
una fotografía de la época me arroja
a una calle luminosa de La Celia,
un pueblo conservador y pacato, a
orillas del río Monos. De seguro aca-
bo de pelear con mi hermano, por-
que él quiere apoderarse de la
monareta y no le resulta fácil. Lue-
go de su viaje semanal a Pereira, mi
padre ha traído en su maleta de
mano los últimos números de
Kalimán, *Arandú* y *Tamakún*. Nos ha
dicho que le fue muy difícil conse-
guir la número 9 de *Kalimán*, justo
cuando el hombre del turbante ama-
rillo, impassible, sereno, descubre que
la bella Ruth de Tornell está en po-
der del sanguinario conde Bartoc.
Pagó por ella \$15.00, dos veces más
de su valor real. Ha pagado una for-
tuna, dice y comprendemos que
nos invita a cuidar la colección de
revistas que él leerá en algún mo-
mento, sentado en su máquina de
coser. Nuestros héroes de papel
hacían más amable el mundo que

luego veríamos más amplio y en mo-
vimiento, en la pantalla de un tele-
visor Motorola, de tubos, a blanco
y negro. ¿Cómo olvidar que todo el
pueblo se reunía alrededor de uno
de los pocos televisores que había
sido adquirido por mi familia para
presenciar una de las tantas peleas
de Antonio Cervantes, Kid
Pambelé?: "¿Tiene cuchillas Guillette
para mañana? Recuerde que en el
baño no las puede comprar", anun-
ciaba el narrador deportivo. Fue la
época en que Pablo Escobar, el
muchacho del barrio La Paz de En-
vigado, optó por el hampa, se con-
virtió en un simple jalador de ca-
rros y como si fuera un personaje
de Roberto Arlt, decidió robar, para
revenderlas, lápidas en los cemen-
terios del Valle de Aburrá. Surgía el
mundo mágico y emergente del
narcotráfico, otra de nuestras expre-
siones más sublimes de lo popular,
como una suerte de réplica de la
mafia siciliana que operaba en Nue-
va York y Chicago, como lo supo
Talese en *Honrarás a tu padre*. Suena
enternecedor nuestro capo cuando
le confiesa a Castro Caycedo:

- ¿Sabe una cosa? Yo soy todo lo
que quise ser: ¡Un bandido!
Y sin dejarme hablar agregó:
- Se lo digo así de claro...y de sen-
tido, para que lo use como acápite
de su libro.
- ¿De sentido?

- Sí. Usted sabe que lo siento así.
(Castro, 1999, p 240)

Sea uno bandido o no, haya vivido en un barrio de malandras, o en un sector atestado de peluquerías, o en una calle de lujosas viviendas, es difícil olvidar de qué lugar proviene nuestra educación sentimental y este acendramiento propio de una cultura tan heterogénea, como las formas de la muerte. Imposible olvidar que estamos mediados por la música, el cine, la televisión, las sublitteraturas y todos aquellos productos que forman parte de los catálogos de consumo de la *sociedad de masas*: una suerte de videoclip, en el que se condensa el sino de unas sociedades intervenidas por la imagen.

A propósito de mis preocupaciones estéticas y literarias, confieso que es allí donde encuentro los temas y los problemas, la posibilidad de construir mundos a través de la imaginación, sobre la base de una realidad que, en sí misma, sorprende por lo increíble y desaforada. Basta contemplar un noticiero del medio día para sentir que estamos pisando los terrenos de la ficción: Ringo, el famoso perro antinarcóticos del aeropuerto de Cali, ahora vive con escoltas, porque hasta su perra vida fue amenazada. En Cúcuta, dos payasos de circo pobre, fueron asesinados chistosamente en plena función. Un brujo, con pode-

res extrasensoriales, prestaba sus servicios profesionales al entonces Fiscal Mario Iguarán para solucionar los problemas internos más graves de su institución. El sonado proceso 8.000 es en realidad una novela de corte negro, abundante en delaciones, documentos de prueba, paros cardíacos, amistades peligrosas, en la que el culpable habla al final con frases aprendidas en las obras de Goerges Simenon: "Todo sucedió a mis espaldas". Jesucristo suele aparecerse en la masa de los buñuelos y en las humedades de las terrazas, mientras la virgen María, con un sentido más ecológico, opta por la corteza de los árboles. Cada vez son más numerosas en la televisión las misas, los cultos, las sanaciones acreditadas por iglesias que dicen tener la verdad y nada más que la verdad. Para eso sus pastores se empecinan en una puesta en escena que me recuerda el caso de la virgen de Piendamó, adonde fui llevado, cuando niño, de la mano de mi madre, antes de que la historia de la niña virgen fuera tema de una de las series televisadas bajo el título *Caso juzgado*. Sería necio de mi parte pretender agotar los ejemplos. Más bien diré, como lo expresó, en términos diluviales, hace poco García Márquez en Cartagena: "No sé en qué momento comenzó todo".

No estamos ya en el año 48 del siglo XX y las cosas han cambiado

un poco, aunque algunas permanecen y se han sofisticado. La guerra, por ejemplo. Ya no es la guerra con machetes y palos, ni es la radio la que orienta a los incautos. Ahora la guerra se hace con bazucas, minas anti-persona y pipas-bomba que nos enseñaron a fabricar células del IRA, según informes de la policía secreta. En la era de la información, los pactos secretos y la corrupción política, el computador de "Jorge 40" es una variante criolla de la Enciclopedia Británica, la *laptop* de ese hombre de mediana estatura que fue "Raúl Reyes" es una suerte de hipertexto, de red social y las confesiones de los paramilitares en audiencia pública frente a las familias víctimas, es la prueba contundente de que nuestra realidad cotidiana la impone una transnacional: el realismo mágico. Los descuartizamientos se hacen con moto-sierras y para sostener diálogos que suelen durar años con los diversos grupos ilegales, siempre hay que hacerlo fuera del país, acaso porque el ruido de las masacres y los ataques a poblaciones abandonadas corta toda comunicación.

Lo que no parece haber cambiado es el escenario en que el pueblo, lo otro, se resuelve activo, bien sea para presenciar por televisión la confesión de sus verdugos, o bien para

responder a las encuestas de los ratings de sintonía de los *reality show*. Presumo que tal vez sea un individuo perteneciente al pueblo quien por fin logre dar muerte a Ringo, el perro caleño antinarcóticos, tras ser contratado por una de las cabellizas de un cartel próspero. Sabemos que el asesino de los dos payasos era del pueblo. El expresidente que quiso cerrar su propia novela con una frase aprendida en las obras de Simenon fue elegido por el pueblo. Es el pueblo y sólo él, quien logra ver la imagen de Jesús o la de la virgen, en los lugares más inesperados, que de inmediato se convierten en lugar de culto y romería. Hoy, este mismo pueblo sigue dándole potestad a un hombre que insiste en perpetuarse en el poder bajo un argumento que estila sin sonrojarse: el dolor de su alma le indica que nadie está en capacidad de continuar su difusa "política de la seguridad democrática", mientras en la Fiscalía se siguen acumulando las denuncias y los casos de esa otra forma de la retórica criminal: los "falsos positivos".

Hace poco una querida amiga me invitó a participar de una cruzada de sanación liderada por el pastor Portela. Le insistí, no sin mucho éxito, en que mi problema capilar ya no tiene remedio. No creo ade-

más, le argumenté, que el pastor disponga de tiempo espiritual para hacer la cruzada, ahora que hace política con nuestros líderes locales. Abro mi álbum familiar y veo en la suma de fotografías el paso de un tiempo, el tono sepia de la decrepitud. Cada imagen revela mi propia imagen y se encarga de subrayar mi origen, mi sino, en eso que es lo otro, lo informe, lo inasible, acaso. Pre-

siento que en mis pesadillas futuras la figura de un Roa Sierra, inerme y medroso, me acechará desde la sombra, como si buscara un aliado para cometer de nuevo el crimen y por vía de la repetición, agregar una página más a esa historia de un país que se resuelve en sus márgenes, en lo otro, en lo informe de su imagen reflejada en un espejo adquirido en una marquertería de barrio.



BIBLIOGRAFÍA

ÁLAPE, Arturo (2002). "El papel de la radio en el 9 de abril". En: Yo soy un libro en prisión -crónicas. Santafé de Bogotá: Intermedio Editores.

CASTRO Caicedo, Germán (1999). "El libro que nunca pude escribir. Aproximación a Pablo Escobar". En: En secreto, Santa fe de Bogotá: Planeta.

DUQUE Naranjo, Lisando (1997). "Todo lo del pobre es robado". En: El saqueo de una ilusión El 9 de abril: 50 años después. Bogotá: Número Ediciones.

GARCÍA Márquez, Gabriel. Cien años de soledad. Bogotá: Editorial Oveja Negra.

GONZÁLEZ Toledo, Felipe (1993). "Locura e intriga en el asesinato y proceso de Jorge Eliécer Gaitán". En: Crónicas de otras muertes y otras vidas. Selecciones de Sucesos. Recopilación, prólogo y notas de Rogelio Echavarría. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

LEMUS, Darío (1985). "Cálculos exactos". En: Sinfonías para máquina de escribir. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.

OSORIO Lizarazo, J. A. (1978). La casa de vecindad. Bogotá: Biblioteca Básica Colombiana, Colcultura.

SERRANO Reyes, Luis (1948). "Increíbles en el Caos". El Diario, Pereira, Caldas, 26 de abril